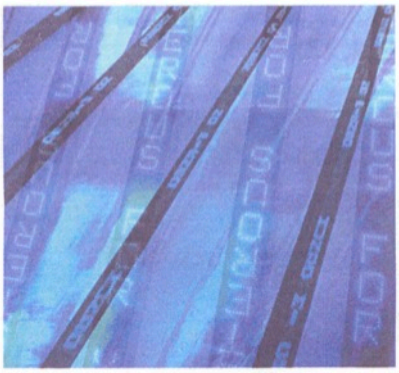
Blanco y Negro Cultural - *ABC*, 6 de marzo de 2004



Pieza de Jenny Holzer

Escritura eléctrica

Jenny Holzer
Galería Javier López. Madrid
C/ Manuel González Longoria, 7
Hasta el 26 de marzo

EL lenguaje –ese engañoso y complejo código que, según Roland Barthes, hay que combatir a través de él mismo– representa el material artístico por excelencia de Jenny Holzer (Gallipoli, Ohio, 1950). Desde mediados de los setenta ha venido incorporando el discurso del texto y de la palabra dentro de su propio discurso creativo. Sus primeras obras públicas, *Truisms* (*Truismos*, 1977), una especie de aforismos desplegados sobre diversos soportes (carteles, camisetas, paneles y vallas) presentan ya un fuerte compromiso social, y se enmarcan plenamente dentro del llamado arte activista, poniendo sobre el tapete cuestiones como la injusticia racial, el enfrentamiento entre clases o la identidad femenina, y empleando para formular sus opiniones, demandas y estrategias de la publicidad urbana. A partir de 1982, con sus ya clásicos mensajes en los paneles electrónicos de Times Square de Nueva York, empieza un interés por las nuevas tecnologías y un giro en su contenido, lo que le llevará a desarrollar sus obras más personales y conocidas: esculturas de señales electrónicas L.E.D. (diodos de emisión de luz) que emiten en forma de bucle continuo estos mensajes y textos, por medio de una amplia gama de colores y formas, y en donde la artista americana conseguirá sus hallazgos más felices.

Son precisamente este tipo de trabajos los que ahora tenemos ocasión de contemplar por primera vez en Madrid, dos instalaciones y una pieza: *Arno* (1996); *Blue* (1998) y *OH* (2001), que reflejan el sugerente poder de comunicación que Jenny Holzer ha sabido transmitirnos con sus obras; obras, por lo demás, que quizás han perdido parte de su inicial dimensión didáctica, e incluso paródica, pero que sin duda han crecido en conciencia y profundidad. Las palabras –como escrituras eléctricas– fluyen así en rítmica cascada por la superficie de las pantallas, dotando al lenguaje escrito de una fisicidad objetualizada, casi escultórica. Una hipnótica salmodia que emite su mensaje en una suerte de gimnasia textual que nos envuelve y nos embriaga, pese a la aparente frialdad y distanciamiento de los medios que emplea. Textos que hacen referencia a la(s) guerra(s), a las estridentes músicas del poder y la violencia, a la frecuente soledad del sexo, y a la constante soledad de la muerte, al (in)moral masaje a que nos someten los medios de (in)comunicación, y a otras lindezas por el estilo. Conéctense a la pantalla y lean la eléctrica fuerza de estas palabras, se lo recomiendo.

Francisco Carpio

Por ahí no van los tiros

Tinieblas.
Poéticas artísticas de la violencia
Espacio de Arte Contemporáneo de Castellón
Carrer Prim s/n. Comisaria: Manuel García
Hasta el 28 de marzo

ESTA exposición no empezó con buen pie. No se había inaugurado, a punto estaba de hacerlo, y ya tenía tras de sí la indignación política. Y todo porque el título era y es *Tinieblas. Poéticas artísticas de la violencia*. O tal vez empezó con en el mejor pie posible, el del escándalo gratuito que, al final, nos ha llevado a dedicar a esta exposición más espacio del que hubiera necesitado: el justo para decirles a unos y otros que no es para tanto, que se han visto cosas más sangrantes, en cuanto a agresividad, y mejores en cuanto a propuesta expositiva. Este discurso es el pan nuestro de cada día en formas artísticas y teóricas de catástrofes mínimas y máximas. Digo esto no porque me apoye en las palabras que el director del Espacio de Arte Contemporáneo de Castellón y comisario de esta muestra, Manuel García, apuntara en los días de mayor expectación y rifirrafe: «No es ni más ni menos impactante que algunas películas, informativos o reportajes que se emiten en televisión». Cierto, pero la excusa suena un poco facilona para agarrarse tan sólo, sin otros abalorios, a ella. Y, que conste, que yo y otros muchos acabamos de cenar con un atentado en Irak en el que han muerto más de cien personas, y mañana será otro, en cualquier otra parte del mundo, cerca o lejos, en el que habrá muertos, uno, cientos... El número, la cantidad no altera el grado de indignación. Digamos que no se trata se averiguar ni de comparar quién es más violento, si la triste realidad o las reflexiones de estos artistas que la imitan o la copian en una simulación crítica. Por ahí no van los tiros y, al final, a algunos les han salido por la culata.

Callejones sin salida

Entre unos y otros nos han llevado a esta suerte de callejón comparativo sin salida. Hemos visto la muestra, aunque no llegó a inaugurarse oficialmente, casi todo ocurrió de tapadillo, en ese deseo de querer camuflarla entre una cierta indiferencia oficial, y ha terminado por parecernos que no es para tanto: ni para los que veían el escándalo ni para los que buscan una exposición con visos de trascendencia; algo más allá de la anécdota.

Son doce los artistas aquí reunidos, cuya procedencia, en su mayoría es iberoamericana, o trabajan por aquellos lares, y cuya reflexión sobre la violencia se extiende a varios ámbitos. Silvia Uslé, madrileña, afincada en Nueva York, retrata con una claridad meridiana los retorcidos rincones de la dominación sexual; Danielle Buetti recoge en sus imágenes, ya muy conocidas, a las «víctimas» de la agresividad publicitaria muy *fashion*, personas marcadas en su propia piel con las firmas de moda y de rotunda presencia económica, cicatrices cotidianas y vulnerables; el italiano afincado en Venezuela, Paolo Gasparini, muestra sus frisos de realidad cruda y cruenta; la peruana Milagros de la Torre compone un baile de cuchillos, de armas de doble filo, cuya simbología no tiene muchas vueltas de hoja: *Los desaparecidos*; Marcos Lora en un *ring* de boxeo y a puñetazo limpio, pero sin sangre de por medio; Daniel Joseph Martínez, norteamericano de raíces hispanas bien definidas, en su veraz apuesta de autorretratos abiertos con el filo de una navaja, con voladura de la tapa de los sesos incluida; el cubano Arturo Cuenca, en sus proyecciones de una vida *homeless*; la lírica memoria de los fetiches de Carmen Calvo, acribillados como exvotos de un mal recuerdo; el agresivo expresionismo del alemán Dieter Appelt; por último, el valor más sujeto a esas *Tinieblas* y sus poéticas es el argentino Oscar Bony, quien murió hace un par de años, con sus imágenes fulminadas por los balazos, una refriega social, histórica...

Podríamos acabar este discurso con las palabras de Baudrillard, en un libro de muy reciente publicación junto a Edgar Morin, *La violencia del mundo* (Paidós, 2004): «Lo real se agrega a la imagen como una prima de terror, como un estremecimiento más. No sólo es terrorífico, además es real. No es que la violencia de lo real esté ahí en primer lugar y se le agregue el estremecimiento de la imagen, sino que la imagen está ahí, en primer lugar, y se le agrega el estremecimiento de lo real». Tal vez por aquí tendría que haber empezado todo, para acabar con la muerte entre las flores.

Laura Revuelta

***Dos asesinos, una víctima* (1998), de Oscar Bony**